

La Sensibilidad de Vivir

Alvaro Amaya



Capítulo 1

La Sensibilidad de Vivir

Cuento

A Vicky Barreda

Su nacer fue tan normal como cualquier otro. Fue la primera hija de un matrimonio de clase media de una ciudad rural y fruto del confiado amor de dos jóvenes que seguros de sí mismos, iniciaban la historia de su vida en la que esperaban hacer crecer el amor inicial y del que estaban seguros conservarían hasta sus muertes.

Vicky era una morenita menuda de la sobresalían tres características, un pelo apretadamente ensortijado, unos ojos negros, grandes, dulces y confiados y una nariz sorprendentemente grande que la diferenciarían de la mayoría que la rodeaba. Primera hija adorada, tuvo la completa atención de sus padres hasta que su madre se embarazó y dio a luz a un nuevo hijo cuando Vicky cumplía cinco años de edad. Nadie podría decir que eso fue alguna marca para su vida pero de alguna manera eso influyó para que fuera aún más dulce y cariñosa con todos, como si alguien le hubiera advertido que esa debía ser el arma que en el futuro le permitiría competir satisfactoriamente por los afectos familiares y sin que eso fuera algo conscientemente predeterminado, así ocurrió, en eso fue una triunfadora. Recibir afecto y reconocimiento de todos por su amistosa actitud y su sincero disfrutar de la cercanía de las personas, fue algo que la convenció de mantenerlo integrado a su conducta. Se convirtió en la queridísima que no debía faltar a las reuniones de familiares y allegados y estaba consciente del orgullo que con eso proporcionaba a sus padres.

Su papá el más ostensiblemente orgulloso, no vaciló en darle lo mejor que el medio y sus recursos le permitieron. Discos de música y libros, fueron los regalos que frecuentemente recibía de él. Primero fueron los clásicos infantiles y después toda la producción folletinesca del siglo dieciocho y después los de aventuras, hasta encontrarse con la literatura local. A mediados de la secundaria tuvo un encuentro con la historia nacional, sociología y filósofos y escritores de la post guerra y de allí a la literatura protestataria contra el statu quo, solo fue una extensión que se dio sin proponérselo porque ese era el protagonista tema social que saturaba sus años.

Lectora adicta y voraz, leía sin profundizar pero cuando de discutir se trataba, su mente fotográfica afloraba lo leído, sorprendiendo porque lo exponía como si de su propia cosecha se tratara. Fue su época de turbulencia, de correr tras modas, ideas, música y músicos, de querer conocer y estar en todo, de succionar, comprimir y compartir al mundo y

necesitada de explotar su locuacidad. Era un compresor que liberaba chorros de humor, de vida, de acción, de bailes y discusiones que alimentaban su pasión por la vida y la convertían en un líder sin que fuera consciente de ello. Y en medio de su arrolladora vida, se apareció alguien a quien ella vio a su altura, a su igual en lo intelectual, en lo discursivo y en lo ingenioso y cuando por culpa de él, desprevenidamente la prendió el amor, no supo hacer nada porque de súbito se le encendieron otros desconocidos modos de conocer y entender que trastornaron su vida de entonces. Ése muchacho le quitó velocidad al huracán de su vida y la embarazó de suspiros y de trastornadoras emociones que a pesar de haber leído tanto, no sabía por qué ni desde dónde se provocaban.

Fascinada y nada timorata corrió hacia el objeto de sus emociones, convencida que en él se sintetizaba la alegría, lo estético y lo sabio del mundo y ya no quiso más que querer ser una con él y de fundir su existencia con la suya. A sus diecisiete años le reventó el deseo sexual con una fuerza explosiva que gritaba en cada célula de su cuerpo y que derrumbó sin miramientos las consejas religiosas con las que creció, hasta llegar ser ella quien pidiera ser saciada para llegar a saber lo último, lo profundo y lo infinito del amar, del desear y del sentir. La avasalladora pasión que explotaba de sí misma era demasiado arrolladora, demasiado verdadera y sincera y de una natural y espontánea manifestación humana que no podía ser entregada a cualquiera. El objeto de sus amores, timorato y limitado, se opacó y se redujo sorprendido ante el huracán que tenía frente a él y que no supo entender. Demasiado mezquino, demasiado egoísta, miedoso, de poca estatura humana y huérfano de la gallardía necesaria para ser el digno receptor de esa ola de esencia humana, huyó vergonzosamente amilanado por ese vibrante valor humano que no pudo soportar.

Primero aturdida por no entender, Vicky después se sintió culpable por haber ido adelante a entregarse y se sintió indigna al ser rechazada y porque se sintió carente de merecimientos. Y allí vivió a fondo las otras pasiones vitales, la de sentir el miedo, la de estar herida, la de sentir dolor. Se encerró para tratar de entenderse a sí misma en ese suceso y entonces le llegó el cambio. Se volvió pensativa y después una mujer arisca que ya no podía dar confianzas y se guardó el dolor para seguir adelante.

Para mí que ese período la convirtió en alguien todavía más interesante aunque había perdido mucho de su dulzura. Ahora era agresiva al exponer sus ideas, contundente y afilada para definir, lapidaria al concretar la idea y para asestar a quien fuera, el gesto final de estar siempre segura y con el que decía a todos que nadie podría contra ella. Perdió la benignidad y a veces era innoble con el que perdía porque sólo la satisfacía ganar y estar agresivamente consciente de ser la mejor. Más adelante solo la rodearon vasallos que amaban el poder de sus palabras y de sus gestos fuertes que no se atrevían a contradecir, sin darse cuenta que ella despreciaba la

sumisión y que le era difícil dominar su enojo y su impaciencia ante los timoratos, los tontos y los lentos de pensamiento. Era imponente en sus expresiones, en sus palabras, en la riqueza de sus temas y en el modo sorpresivo con el que sintetizaba.

Yo me preguntaba por su romanticismo, por su parte espiritual y cuando me acercaba a eso, sentía su huida. Era el momento en el que todo lo despersonalizaba y lo volvía lejano, externo, impersonal y discursivo. Yo sabía que debajo de la brillante inteligencia que esgrimía para evadir, estaba la otra Vicky que quería mantener oculta. Yo que la conocía, la miraba y ella que conocía mi mirada, sabía que yo sabía y no se alteraba conmigo. En esa época posiblemente yo era uno de los pocos o tal vez el único que la confrontaba y la contradecía.

A la Vicky le rebullía la vida. No le cabía en el cuerpo, en su edad ni en sus circunstancias. No hubiera sido problema si hubiera sabido lo que con su vida pasaba o de haber sabido lo que de ella quería. Solo sabía que no estaba llena que no estaba plena, que a veces poseía plenamente la vida y otras veces no y que a veces le dolía sentirse poseída por ella y no estar ella en el control. No alcanzaba ella o su vida le quedaba grande como para entenderla y soportarla. Necesitaba un trato con ella y no sabía cómo hacerlo.

Quería saber cómo penetrarla para saber el modo de su existir o si era posible, integrarla o integrarse para ser urgentemente una con ella, quería poder perforar para entender porque odiaba profundamente estar sometida sólo a reaccionar y de allí que no la disfrutaba aunque a veces moría de la pura satisfacción de sentirla. Podía acceder plenamente a disfrutar de lo sencillo, de la música, de la poesía, de un amanecer, de entender profundamente a otro hasta el llanto, pero otras veces lo simple la chocaba y la agredía, provocándole desproporcionadamente el enojo y la ira por lo absurdo o por lo inconsecuente que con lo que en ese momento sentía. Y la reacción cierta y real, brotaba fuerte, violenta y límpida y por ello magnífica por su verdad y su espontaneidad.

De eso me convencí esa vez. Eran las diez de la noche y yo la esperaba en la esquina de la calle de su casa donde solíamos platicar. Sus padres no se oponían a que lo hiciéramos adentro o en el jardincito frente a la puerta de entrada pero su sentido de rebeldía, de oposición, de no caber dentro de sí misma, la impelía a rechazar, a protestar, a no someterse o a estar de acuerdo solamente porque sí. Este gesto de irnos a ocho metros fuera de la casa sobre la calle, a la esquina y a esta hora, simbolizaba su necesidad de no ser ni estar atrapada.

Algo la tenía al borde de la explosión porque llegó furiosa Quería que estuviera con ella pero también quería estar con el enojo comprimido que sentía y quería estar conmigo pero tampoco estaba allí. Ora me retenía disculpándose y ora imprecaba soltando palabrotas de disgusto y de rabia

que protestaban contra algo que sus padres, sus hermanos o quien sabe quién, le habían dicho o hecho y que la habían disparado a hacia ese furor. No era momento de explicar, entender o razonar. Solo era el sensible e inestable momento de explotar. Exasperada porque conmigo no se atrevía a descargar abiertamente su conflicto interior, se levantó de la acera en la que estábamos sentados y plena de fuerza en explosión, pateó iracunda el enorme tacho de basura que el municipio ponía en cada esquina para los usuarios de cada cuadra. El ruido ensordecedor y prolongado de latas que rebotaban destrozó el silencio nocturno del dormido vecindario, cuando el barril rodó hasta diez metros sobre la calle y la basura contenida se fue esparciendo hasta vaciarse durante el recorrido.

No supe de dónde pero como si desde siempre hubiera estado allí, una mujer vieja con la cara marcada de arrugas, prieta de tan morena, flaca, sucia, andrajosa y de aspecto paupérrimo, apareció con una escoba en la mano y procedió en silencio y con resignado sometimiento a recoger la basura que Vicky había regado sin volvernó a ver. Cansinamente hacía montoncitos con la escoba y lentamente, como si le doliera la cintura, se agachaba a recoger con sus enflaquecidas manos lo reunido para llevarlo al tonel que había enderezado sobre el piso de la calle.

Hasta después de haberlo dicho me di cuenta del desproporcionado enojo con que lo dije. Increpándola le reproché, le reclamé y la culpé de la inconsciencia de su egoísmo que la llevaba a querer ser solamente ella y que por sentirse el centro de la tierra, concentrada sólo en lo suyo, causaba dolor y sufrimiento a otros por el sólo accidental pecado de cruzarse con ella, como estaba pasando ahora con la barrendera que estoicamente inexpresiva, proseguía en silencio el trabajo de recoger la basura esparcida.

Pasé mucho tiempo sintiéndome culpable por el profundo e inesperado dolor que le causaron mis palabras.

Vicky fijó en mí sus grandes ojos negros y cuando con toda su capacidad de entender, entendió a fondo lo que le decía, apagó su enojo y en un ahogo de llanto corrió a abrazar plenamente y sin reservas a la barrendera a quien estrechó sin ambages contra su pecho, besando y remojando con sus lágrimas su curtida cara y quedó totalmente incapacitada para poder decir nada. No la soltó de su abrazo hasta que sus convulsivos e incontenibles sollozos le pacificaron el corazón y hasta que el llanto, poco a poco se le fuera resolviendo en suspiros profundos y espaciados que al rato lograron apaciguarla.

Cuando se me acercó emitía un comprimido y prolongado quejido de dolor que de continuo se le escapaba, era más bien un suave lamento que la

liberaba de una presión que ya no podía retener más en el pecho.

Cuando volvió su rostro hacia mí, aun viéndome no me miró.

Seguía con ese dolor adentro y supe que no estaba para nada externo, porque agotada totalmente por lo sucedido, no podía seguir conmigo.

Y entonces pensativa y con una profunda, indescriptible y cabizbaja tristeza, encaminó cansinamente sus pasos hacia su casa.

Tres meses más tarde la busqué y me dijeron que se había largado del país. Alguien me dijo que vivía en una isla.

Nunca volví a saber de ella.

A. Amaya. Guatemala, C.A.

Reeditado y subido a www.megustaescribir.com 5 Julio 2018. Foto: Archivo.